

## **MALESTAR Y DISPLACER EN LA FEMINIDAD MÁS ALLÁ DE LA ENVIDIA DEL PENE**

**MITZI MIRIAM LEÓN CALDERÓN**

Doctora en Investigación Psicoanalítica y Maestra en Psicoterapia Psicoanalítica por el Colegio Internacional de Educación Superior. Licenciada en Psicología por la Universidad Nacional Autónoma de México. Práctica clínica privada.

Correo electrónico: [mitzi.miriam.l@gmail.com](mailto:mitzi.miriam.l@gmail.com)

Recepción: 17 abril de 2022/ Aceptación: 28 mayo 2022

### **RESUMEN**

En el presente trabajo se describen conflictos psíquicos de la subjetividad femenina, aquellos que acontecen a partir de la envidia del pene, así como conflictos que surgen más allá de esta envidia, con la finalidad de identificar una condición múltiple de dificultades y síntomas en la mujer que desencadenan una feminidad displacentera y molesta. Resulta significativo ahondar en los conflictos de la mujer, además de los planteamientos freudianos, pues si bien las aportaciones de Freud siguen siendo un referente importante para abordar la temática femenina, hay una tendencia a la reducción de estas dificultades a los efectos de la envidia del pene como la ansiedad que gobierna y estructura a la feminidad; acaso dejando en la oscuridad otras vicisitudes que atraviesan las mujeres.

Cabe precisar que éste apartado no pretende hacer un juicio de cómo debería ser una feminidad “normal”. Si no, más bien, aportar a la clínica psicoanalítica, en la comprensión y manejo de conflictos femeninos que hacen difícil ser una mujer. Al mismo tiempo brindar pautas que promuevan en lo social y familiar, la constitución de una feminidad más satisfactoria.

**PALABRAS CLAVE:** diferencia de los sexos, displacer, envidia del pene, feminidad, género, malestar, psicoanálisis.

## **SUMMARY**

In the present work, psychic conflicts of the feminine subjectivity are described, those that occur from the envy of the penis, as well as conflicts that arise beyond this envy, with the purpose of identifying a multiple condition of difficulties and symptoms in women. that trigger an unpleasant and annoying femininity. It is significant to delve into the conflicts of women, beyond the Freudian approaches, because although Freud's contributions continue to be an important reference to address the feminine theme, there is a tendency to reduce these difficulties to the effects of envy. of the penis as the anxiety that governs and structures femininity; perhaps leaving in the dark other vicissitudes that women go through.

It should be noted that this section does not intend to make a judgment about what a "normal" femininity should be like. If not rather, contribute to the psychoanalytic clinic, in the understanding and management of feminine conflicts that make it difficult to be a woman. At the same time provide guidelines that promote social and family, the constitution of a more satisfactory femininity.

**KEYWORDS:** Femininity, Displeasure, Discomfort, Envy of the penis, Gender, Difference between the sexes, Psychoanalysis.

## **RÉSUMÉ**

Dans le présent travail, sont décrits les conflits psychiques de la subjectivité féminine, ceux qui surviennent à partir de l'envie du pénis, ainsi que les conflits qui surgissent au-delà de cette envie, dans le but d'identifier une condition multiple de difficultés et de symptômes chez la femme qui déclencher une féminité désagréable et agaçante. Il est significatif de se plonger dans les conflits des femmes, au-delà des approches freudiennes, car bien que les apports de Freud continuent d'être une référence importante pour aborder le thème féminin, il y a une tendance à réduire ces difficultés aux effets de l'envie du pénis comme l'angoisse qui gouverne et structure la féminité ; laissant peut-être dans l'ombre d'autres vicissitudes que traversent les femmes.

Il convient de noter que cette section n'a pas pour but de porter un jugement sur ce à quoi devrait ressembler une féminité "normale". Sinon plutôt, contribuer à la clinique psychanalytique, dans la compréhension et la gestion des conflits féminins qui rendent

difficile d'être une femme. En même temps donner des orientations sociales et familiales qui favorisent la constitution d'une féminité plus satisfaisante.

**MOTS CLÉS:** Féminité, Mécontentement, Inconfort, Envie du pénis, Genre, Différence des sexes, Psychanalyse.

## **INTRODUCCIÓN.**

Este escrito es un fragmento de una tesis doctoral que aborda la temática del malestar y displacer presentes en la feminidad [1]. Se muestran las vicisitudes de la feminidad, que se derivan de la envidia del pene, así como complicaciones más allá de esta envidia. Sabemos que en estructuración y subjetivación femenina se deben atravesar una serie de vicisitudes para llegar a hacerse mujeres, en las que participan elementos tanto del ámbito psíquico como del ámbito social, en otras palabras: se articulan subjetividad y cultura. La diferencia anatómica de los sexos, pene–no pene, instala la principal posición que marca los conjuntos “genéricos” de hombres y mujeres. De esta forma, las vicisitudes de la castración no pueden ser eludidas en el devenir de la feminidad, la diferencia de los sexos, será fundante como estructurante psíquico que constituye a hombres y mujeres, toda vez que esta diferencia impone una carencia, una castración, que es la llave que organiza el deseo, y es indispensable para que haya sujeto y cultura. [2]

Las aportaciones de Freud todavía son un indudablemente un referente importante para abordar el tema de la feminidad, sin embargo se han generado diversas interpretaciones de autores que discrepan con su teoría, al cuestionar principalmente la pasividad en la mujer y la universalidad de la envidia del pene; una muestra de lo anterior, es el debate que surgió en 1920, entre analistas mujeres seguidoras de Freud y las destructoras de su teoría, con la intervención de Ernest Jones como árbitro y como intermediario. Karen Horney y de Melanie Klein fueron sus principales opositoras; ellas defendían la idea de que la envidia del pene tenía características de una formación secundaria, de modo que esta envidia, no sería la marca definitiva de una inferioridad anatómica, sino la aparición de un síntoma defensivo [2]. Aun así, pese a la polémica que despierta el pensamiento freudiano, debemos reconocer la importancia de sus ideas, no sólo porque además sienta las bases para que otros autores estudien la se-

xualidad femenina, sino porque puede observarse en la experiencia clínica la vigencia de su teoría. Es así que muchos autores se siguen apegando a la teoría freudiana, ya sea para validarla, complementarla o ~~para~~ reconstruirla.

En nuestro recorrido teórico se pone en discusión, la importancia de la envidia del pene en relación con la feminidad; vale decir, este concepto tiene para muchos autores, un carácter universal como la ansiedad predominante que estructura a la feminidad, en cambio para otros, la niña no transita obligatoria y universalmente por la envidia del pene, o bien consideran que dicha envidia es una explicación parcial de las dificultades que la niña encontrará en el desarrollo hacia la feminidad. Así, pues, se profundizará en diversas dificultades, ansiedades y síntomas que subyacen de la feminidad, en un marco que envuelve la relevancia del concepto de la envidia del pene, sin dejar lado otro tipo de problemáticas que también son propias de la feminidad.

## **LA ENVIDIA DEL PENE Y SU RELACIÓN CON LA FEMINIDAD**

Mucho se ha hablado de lo central que es para desarrollo psicosexual femenino, la envidia del pene propuesta por Freud, siendo que detrás de esta envidia, deviene el cambio de objeto y cambio de zona erógena, que son las dos tareas esenciales que debe realizar la niña durante su desarrollo para acceder a la feminidad. Freud en 1932 [3] señaló que, al inicio, la madre es el objeto de amor para la niña, pero en el Edipo, es el padre quien deviene como objeto de amor. Y en cuanto al cambio de zona erógena, Freud en 1923 [4] puntualizó que, al inicio de la fase fálica, la zona erógena rectora de la niña, sin duda alguna, se sitúa en el clítoris, siendo que la masturbación se realiza en esta zona. Pero con la vuelta hacia la feminidad, el clítoris debe ceder en todo, o en parte, su valor y sensibilidad a la vagina. La etapa fálica está centrada en la premisa universal del falo, que según las teorías infantiles sería el atributo de todos los seres humanos. Freud en 1908 [5] describió que el descubrimiento de la diferencia anatómica de los sexos se anuda con la teoría de atribuir a todos los seres humanos un pene, incluyendo las mujeres, el cual goza de alta estima para el varón y la niña, por lo que la comparación anatómica de los órganos genitales masculino y femenino marcará de una manera particular el destino de cada uno. Freud en 1925 [6] expuso una serie de consecuencias psíquicas al respecto: cuando la niña nota el pene de un hermano o de un

compañerito de juegos, se da cuenta que es más grande y visible que su órgano pequeño y escondido, inevitablemente cae víctima de la envidia del pene; para entonces, ella ha visto eso, sabe que no lo posee, y quiere tenerlo. En este punto surge la primera consecuencia de la envidia al pene, el llamado “complejo de masculinidad de la mujer”, mismo que si no se supera pronto puede generar grandes dificultades en el desarrollo hacia la feminidad. Una segunda consecuencia es que derivado de la herida narcisista resultante de la falta de pene, se establece en la mujer a modo de cicatriz un sentimiento de inferioridad. Una tercera consecuencia de la envidia del pene parece ser el aflojamiento de los vínculos tiernos con el objeto madre. Pero el efecto más importante para Freud de la envidia del pene, o del descubrimiento de la inferioridad del clítoris, es la remoción de la sexualidad clitorídea. Freud en 1931 [7] nos muestra que cuando la niña reconoce el hecho de su castración y como consecuencia la superioridad del varón y su propia inferioridad, derivan tres orientaciones de desarrollo: La primera lleva a la inhibición sexual o a la neurosis; la segunda, a un complejo de masculinidad; mientras que el tercero desemboca en la feminidad “normal”, donde la mujercita halla la forma femenina en el complejo de Edipo. Freud en 1924 [8] explicó que la niña, en su intento por resarcirse de la falta de pene, entra al Edipo, ahí el deseo de recibir un pene, se desplaza por el deseo de parirle un hijo al padre. Entonces, el Edipo es abandonado poco a poco, sin embargo, ambos deseos –el de poseer un pene y el de recibir un hijo del padre–, permanecen en el inconsciente con una fuerte investidura, lo que hace a la mujer proclive a la manifestación de síntomas y dificultades en su ser femenino. A su vez, el extrañamiento de la niña hacia la madre por la falta de pene, da lugar a una serie consecuencias psíquicas que provocan una enorme sobrecarga de displacer y sufrimiento, pues se produce bajo el signo de la hostilidad [3].

Si bien, muchos autores coinciden con Freud, concediéndole tal importancia a la envidia del pene, otros han generado controversia al respecto, ya sea cuestionado su universalidad, discrepando de su importancia en el devenir de la feminidad, o bien, complementado el concepto en su fundamento como veremos a continuación.

La concepción de Françoise Dolto, en 1996 [9], sobre la envidia del pene, coincide en varios aspectos con los planteamientos de Freud; no obstante, denuncia una inflación en la fase fálica, en lo que atañe al “desengaño narcisista”, que sufre la niña al momen-

to del descubrimiento de la inferioridad formal de su sexo. Para la autora este desengaño narcisista es evidente y observable en la niña, pero puede ser pasajero. Si a la niña se le informa sobre esta diferencia y se le permite dar rienda suelta a toda su curiosidad al respecto; la niña puede acceder a su genitalidad y valorizar su sexo hueco. Dolto estableció la distinción entre una “envidia del pene centrífugo”, asociada a una herida narcisista de la niña y solidaria de la angustia de castración primaria; así como una “envidia del pene centrípeto”, que estará vinculada a la valorización de su sexo y puesta en la relación con la procreación, en tanto permite la identificación positiva con la madre y otras mujeres en todas sus potencialidades femeninas. La valorización fálica del cuerpo entero de la niña, se convierte en señal atractiva para el hombre, aún cuando se tenga una zona erógena no falomorfa; la gratificación narcisista experimentada por la niña de poseer un sexo hueco erógeno y un receptáculo que ella sabe que es procreador, le permite virarse hacia el padre.

Dolto [9] precisa que son los niños los que a veces se traumatizan más que las niñas, porque éstas no tienen pene; reaccionan según la descripción de Freud, despreciando al sexo femenino por temor a una identificación peligrosa. El encuentro con estos niños puede aumentar la decepción en las niñas, y con ello se presente la envidia del pene centrífugo, en esta envidia:

Las niñas interiorizan su decepción, su “no pene” de hoy y esperan en secreto que ocurra un milagro y que al crecer lleguen a tener un pene centrífugo. Con esta esperanza exploran y palpan su clítoris y sus labios vulvares. Pueden dedicarse también a la masturbación clitoridiana... y desarrollar incluso una especie de complejo de virilidad, descrito por Freud, como una negativa a acceder a la realidad de su sexo vaginal (103) [9].

Emilce Dio Bleichmar, en 1997 [10], insiste en que la investigación psicoanalítica sobre la envidia femenina lleva una tendencia equivocada, pues se ha seguido estudiando como una envidia reducida a la posesión del órgano masculino, sin incluir los privilegios de género del hombre, aunado a que es necesario sustituir la envidia del pene por la envidia del falo. Para esta autora, la envidia del pene no tiene carácter universal como la ansiedad que domina y estructura la feminidad; aun así, reconoce que es posible que

la envidia se instale en la fase de desconocimiento de las funciones genitales, pero que tendrá una importancia leve y transitoria, y no como una etapa obligada en la infancia. Acepta que puede convertirse en el significante de la falta de cariño o de autoestima, es decir, en un complejo de castración infantil, pero sólo en los casos en que la niña atraviese insatisfacciones afectivas con sus figuras de apego. En general, la diferencia vivida no depende de la posesión de un órgano u otro, sino del posicionamiento del sujeto en las relaciones humanas. Dio Bleichmar pondera que es entendible que la mujer desee el falo, en tanto legitimación de reconocimiento y poder en el mundo de las instituciones de lo simbólico, y que, además, si es heterosexual, deseará gozar del pene del hombre en el coito. El problema, entonces, no tiene que ver con un deseo de usurpación o apoderamiento de algo que no le pertenece, como es el pene, sino desear los privilegios que culturalmente se le otorgan al hombre.

Alicia Briseño, en 2009 [11], en su trabajo: La mitificación de la envidia del pene, señala que para la mujer no es sencillo asumir la feminidad en una sociedad donde rige el falo. Destaca que el concepto de la envidia del pene, ha crecido hasta llegar a una mitificación, o sea, esta propuesta teórica se ha convertido en un mito, rodeándola de una extraordinaria estima, que acabó sobredimensionándose dentro de una sociedad falocéntrica y que contribuye a remarcar las relaciones asimétricas entre hombres y mujeres. Asimismo, agrega que el termino envidia del pene, acabó designándose no sólo al hecho de las diferencias anatómicas, sino que también se puso énfasis en la parte simbólica de esta diferencia y fue llevada al plano de la falta, al deseo del falo, como si la mujer no fuera capaz de remontar esa falta; no como si estuviera incompleta como lo están los seres humanos, sino como alguien devaluada.

Nora Levinton, en el 2000 [12], también cuestionó el concepto de envidia del pene, considerándolo uno de los puntos más espinosos en la teoría de Freud, sobre todo por el criterio con el que es pensado; es decir, que un pene visible es algo que se deba envidiar y valorar como algo superior al clítoris; también discrepa con las consecuencias que se atribuyen a la posición de inferioridad y la envidia desencadenada, que desembocan en una posición de castrada como rasgo determinante para la organización del psiquismo.

Para Levinton, la teoría psicoanalítica tiende a producir confusión, al tratar el concepto

de la envidia del pene como si se tratara de una literalidad, en donde los hombres tienen “algo” que merece ser envidiado, pero que nunca será obtenido, como si fuera un atributo físico del que emana naturalmente poder. Y que ese “algo” que les falta a las mujeres, termina siendo representado por el controvertido pene/falo. La autora enfatiza que si bien podría pensarse que para algunas niñas, no tener un pene pueda ser el representante psíquico y simbólico de algo que es vivido como una minusvalía, no puede seguir convalidándose la generalización de esa particular vivencia. En todo caso será la significación dada desde una intersubjetividad del imaginario social.

Jessica Benjamín, en 1996 [13], reconoce el fenómeno de Freud de la envidia del pene, pero lo interpreta como una expresión del deseo de la niña por identificarse con el padre que es percibido como representante del mundo externo, y así poder establecer la separación con la madre poderosa. La fantasía de la omnipotencia materna peligrosa, esa madre que atrapa al hijo en un invernáculo emocional y le dificulta la separación, hace necesario usar la fantasía de un progenitor con un órgano omnipotente para someter al otro. Lo cual no resuelve el problema, tendría que encontrarse otra forma de diferenciación que no suponga el intercambio de un amo por otro. El hombre no es poderoso sólo porque tiene el falo, sino porque él con su falo representa la libertad de dependencia respecto a la madre de la primera infancia. El falo sirve para hacer retroceder a la madre; no es intrínsecamente símbolo de deseo, se convierte en este símbolo debido a la búsqueda de una senda hacia la individualidad. La autora propone que las niñas cuando comienzan a caminar, expresan el deseo de un pene, por la misma razón que lleva al varón a apreciar el suyo; es un emblema que los ayudará a individualizarse, buscan una figura de apego que represente su pasaje de la dependencia infantil hacia el exterior; esta figura resulta ser el padre, figura que quedará simbolizada por sus genitales diferentes. Pero si la identificación de la niña con el padre es rechazada, su amor estará contaminado por envidia y sumisión, en otras palabras, como el deseo de identificarse queda sin respuesta, la envidia ocupa su lugar. Es así, que la envidia será el signo de una identificación frustrada, el anhelo del falo faltante es la envidia que se le ha atribuido a las mujeres.

Joyce Mc Dougall, en 1998 [14], mantiene un planteamiento algo diferente, aunque ella sigue a Freud, en su apreciación de que el desarrollo de la niña es más difícil y compli-



cado que el del varón, considera que la envidia del pene es una explicación parcial de las dificultades que la niña encontrará en su trayectoria hacia la maternidad. La autora concuerda con otros analistas en que la envidia del pene no es específico de la niñas, sino también de los varones; debido a que piensan que su pene es pequeño en comparación al padre, además de que la envidia y la admiración que experimenta el varón por el cuerpo y la sexualidad de la madre es semejante a la que se siente por el pene, inclusive afirma que los niños de ambos sexos saben que la madre encarna el poder mágico de atraer el deseo y el pene de su padre para fabricar los bebés que desee. La autora nos recuerda que no debemos olvidar que el falo es el referente al pene erecto en los ritos de itifálicos de la antigua Grecia, no el modelo del órgano sexual masculino, sino el símbolo de la fertilidad, de la completud narcisista y del deseo erótico. Por ello pasa a ser el significante fundamental del deseo humano para los dos sexos, no sólo para la niña; ambos, niño y niña tienen envidia, porque cada uno de los sexos tiene la mitad que le falta al otro para completar el símbolo.

María Esther Guzmán, y Patricia Reyes, en 2009 [15], siguiendo a Lacan, mencionan que el deseo del pene de la mujer deviene de que no hay simbolización del sexo femenino. Todo se desarrolla en el registro de lo imaginario, el cual muestra carácter de ausencia a diferencia del hombre quien cuenta con el pene como el órgano real, y que funge como un símbolo prevalente. De este modo, el problema surge en el registro simbólico, para el niño el pene se presta a la simbolización, pero la niña carece de medios para representar la falta; lo que ella no tiene, no es el pene, sino el medio para representar la falta. Así la mujer para intentar simbolizar el órgano femenino, el pene le servirá de instrumento imaginario para aprehender lo que no logra simbolizar. Las autoras, proponen frente al fracaso de la simbolización tres posibles destinos para la niña: “Acepta su falta de identidad y se presta a la mascarada fálica a la que invita la ley del significante; o bien rechaza lo que considera una derrota y se aferra a la reivindicación de tipo histérico; o regresa a la fase anterior y se atrinchera en una posición homosexual” (22) [15]. A su vez, hacen una distinción entre el anhelo de querer ser el falo y la posición en la relación sexual que hace la mujer falo, que la lleva a buscar un lugar en el complemento del deseo masculino.

Juliet Mitchell, en [16], acepta la idea Freudiana de que la envidia del pene conduce a

la pasividad femenina, así como la singularidad del falo en la representación del deseo; declara que es necesario reconocer el poder del falo para poder entender los orígenes de la sumisión en la mujer y las profundas raíces psíquicas del patriarcado. El falo representa tanto el deseo masculino como el femenino, porque para la madre el falo representa lo que falta, lo que ella desea para complementarse, en cambio para el padre representa lo que tiene, es y hace. Mitchell resalta la influencia del falo en el inconsciente, equiparando su poder con el único instrumento de separación. Para la autora como lo es para Freud, es inevitable que la mujer ambicione ese emblema de poder y el deseo, es necesario para poder rechazar a la madre en favor del padre. La niña debe pasar del amor a la madre, al amor al padre, porque debe hacerlo, y lo hace con dolor y protesta, tiene que hacerlo porque carece de falo, sin falo no hay poder, salvo de las maneras exitosas de obtener uno.

### **ANSIEDADES, SÍNTOMAS Y DIFICULTADES QUE GENERAN DISPLACER EN LA FEMINIDAD MÁS ALLÁ DE LA ENVIDIA DEL PENE**

Encontramos en la literatura psicoanalítica, un amplio abordaje sobre la decepción narcisista que ocurre en la niña al advertir la diferencia anatómica de los sexos, sin embargo, pese a la indiscutible realidad de la envidia del pene y del complejo de inferioridad resultantes de esta diferencia, la niña-mujer en su feminidad también está situada ante una condición múltiple de ansiedades, dificultades y síntomas que le generan displacer, más allá de la de la envidia del pene, como la ansiedad que prevalece en la mujer. Y que si bien algunas de ellas se encuentran en relación con las vicisitudes de la castración, no necesariamente está implicada la envidia del pene.

Dio Bleichmar [10] admite que es cierto que la niña puede atravesar por angustias de castración, pero será en la medida en que la teoría infantil permanezca vigente para ella y será pasajero; no considera que deba convertirse en un “complejo” que domine su proceso de estructuración, en tanto que la niña tiene otras ansiedades. La autora plantea una insuficiencia de la teoría clásica, al formular un sexo de base único y la universalidad del complejo de castración. Para ella, la niña, no tiene que transformar su sexualidad de masculina a femenina; no tiene que cambiar de órgano de placer para hacerse femenina (el clítoris no es masculino); no todas las niñas desarrollan envidia

del pene; y la envidia de la niña no recae en los atributos anatómicos del varón, sino en los privilegios que se otorgan a la masculinidad. Defiende que no es el cuerpo el que impone a la mente sus efectos, es decir, no son las consecuencias psíquicas ante una diferencia anatómica, sino a la inversa; es el poder de lo simbólico que va desde el mito, las teorías y creencias de los adultos, hasta las teorías científicas en vigencia, aquello que modela y construye el fantasma en el cuerpo, generando la implantación de significados sobre ese órgano y creencias sobre la sexualidad infantil, especialmente en la niña, que fabrican y falsifican la experiencia que pueda originarse en su cuerpo. Dio supone que derivado a que muchos autores continuaron con la tesis de Freud, sobre la universalidad de la envidia del pene como la ansiedad que predomina en la niña, dejaron en la oscuridad otro tipo de ansiedades y temores propios de la feminidad; como es el caso del temor al pene del padre.

Levinton [12] hace hincapié en el temor de las niñas asociado al genital del padre, como una fuente de ansiedad específicamente femenina, que tiene que ver con un posible daño a su vagina, habrá temor por la diferencia de tamaño entre los genitales del padre y los suyos propios. La representación de algo que penetra en el cuerpo de la niña como es el pene de un adulto, es de shock, de horror.

Del mismo modo André Green, en 1986 [17], distingue que es frecuente el miedo de penetración en la mujer, en la medida en que se relaciona con el miedo por el pene y con el miedo del pene, es decir, miedo a dañar o castrar el pene, o bien, a que éste destruya sus genitales internos.

Bernstein, en [10], define tres ansiedades genitales femeninas que son semejantes a la de castración en el varón. La primera es la ansiedad por la falta de acceso: ocurre por la falta de información sobre sus genitales, dado que no los puede ver, tocar y manipular fácilmente, de manera que no adquiere familiaridad táctil ni tampoco conocimiento sensual que no se halle ligado a prohibiciones o fantasías prohibidas. La segunda es la ansiedad por la difusividad: es la falta del debido control y dominio de su propio cuerpo, surge de las dificultades para generar representaciones adecuadas a las sensaciones que tiene en el cuerpo. La tercera es la ansiedad de penetración: se genera por el miedo de lo que pueda introducirse, entrar y salir de la vagina, en tanto es una apertura del cuerpo sobre la que no se tiene control de abrir y cerrar, aunado a la fantasía de tener

un genital como agujero, que es pasivo e inerte, se asustan entonces del tamaño del pene del padre y luego de lo mojadas que se pueden sentir, ya que las niñas experimentan excitación o malestar, sin entender a menudo la causa, lo viven como una pérdida de control sobre su cuerpo y sobre su interior, así como un daño potencial.

Para Dolto [9], la angustia que prevalece como más significativa en la mujer, es la angustia de violación, una angustia resultante de los fantasmas edípicos que se caracterizan por el deseo de un hijo verdadero depositado en ella por penetración del pene paterno, pene que ella desea obtener y que conlleva a una rivalidad con la madre. Como sabemos, el deseo por un hijo resulta de la decepción narcisista de la niña por no tener un pene; sin embargo, para Dolto la angustia de la niña no deviene por la falta de pene, sino de la conclusión a la que ella misma llega, sobre la no conformidad entre su vagina pequeña y el pene del padre desproporcionado en volumen; la angustia de violación surge por todos los penes a los que se puede conceder valor y es al desarrollo de la niña, lo que la angustia de castración es para el varón.

La angustia de violación puede articularse con el saber inconsciente que tiene toda niña en torno a la representación de las relaciones sexuales de los padres. Dolto [9] advierte que si la niña asiste precozmente a coitos entre adultos, ella lo interpreta según su propia experiencia, en la que muchas veces puede otorgársele al padre una función saciante violadora. En las niñas la angustia de violación se supera gracias a la renuncia sexual consciente de la hija al sexo de su padre. La resolución edípica y el duelo de su ensueño de maternidad incestuosa que puede darse incluso hasta la pubertad, según observaciones de la autora, traerá consigo la sublimación de las pulsiones genitales, y sus opciones genitales serán fuera de la familia; pero sólo será posible si el comportamiento del padre no es ni seductor, ni equívoco al respecto.

Dolto [9] advierte que la falta de resolución edípica en las mujeres es muy frecuente, generando que la angustia de violación no se supere o devenga como síntoma un complejo de masculinidad. Tal es el caso, cuando en ocasiones el niño imaginario del deseo edípico puede ser transferido a la realidad carnal de un hermanito que nazca en ese momento, y es que suele darse la situación de que los padres conceden a la hermana mayor la responsabilidad de su cuidado, como si fuera una madre sustituta. Situación que resulta ser un obstáculo en el que tropieza el Edipo de las niñas.

La creencia mágica de la realización de su anhelo puede culpabilizarlas inconscientemente de incesto, con todas las consecuencias de castración simbólica que derivan de ello para su persona, castración de la que se defienden reprimiendo su genitalidad femenina consciente o castrando al pequeño(a) que se les ha confiado... reprimiendo sobre todo las iniciativas eróticas (154-155) [9].

Este hermano(a) será el origen de una neurosis a nivel de la libido genital edípica para la mayor, y para el menor su cuerpo queda fragmentado u obsesionado con el falismo reivindicativo que se construye con problemas fóbicos. Los padres son cómplices de esta mutilación, pues estos para evitar a su hija un período de latencia poco depresivo o agresivo, el cual es inevitable porque debe renunciar a su genitalidad, prefieren colmarla con una pseudomaternidad. Pero en realidad se desarrolla un segundo complejo de virilidad y la angustia de violación genital se conserva, la cual genera un efecto inhibitorio hacia los varones. Así cada contacto demasiado cercano o que ella le resulte atractiva a los hombres, despierta la angustia de violación. Sólo cuando se ha desbaratado el deseo incestuoso, su atractivo toma su valor iniciático y socializador.

Otra ansiedad y dificultad que genera displacer en la feminidad, es la sexualización del cuerpo de la mujer, el cual es tratado como órgano sexual en los formatos vigentes de feminidad. Dio Bleichmar [10] refiere al respecto que la sexualización en la tipificación de la feminidad, constituye un proceso habitual y creciente en las sociedades actuales, incluso se establece de tal forma que es considerado un proceso natural.

Dio sugiere que el cuerpo entero de la mujer, es el sostén de la identidad femenina y el narcisismo del yo-género. Paradójicamente, esta sexualización del cuerpo se constituye junto a una renuncia a la sexualidad en general, no deja de ser asombroso que en el caso del varón, la ley del padre exige renunciar sólo a la madre para tener acceso a todas las mujeres, en cambio a la niña, además de renunciar al padre para tener acceso a los hombres, se le pide una renuncia a la sexualidad en su conjunto en su forma activa, pues a las niñas no se les permite una maniobra autoerótica.

En rigor, no consiste en una prohibición sino en una amenaza de efectos poderosos, pues se trata de una amenaza al eje de identidad, “no es de niñas”, una amenaza de pérdida de amor, de estima, de riesgo de poner en peligro las posi-

bilidades de ser admirada (375) [10].

Amenaza que por lo general formula la madre, escindida en su propia subjetividad. Por ello lo paradójico, es una escisión de un cuerpo sexualizado para atraer la mirada del hombre y un cuerpo no siempre sexualizado para gozar de la pulsión.

Como la mirada masculina suele ser de conquista y de goce sexual, Dio sostiene como rasgo de la feminidad el ofrecerse exhibicionísticamente a la contemplación y goce de la mirada del hombre, lo que daría la ecuación, masculino=voyerístico femenino=exhibicionista. “Las niñas «provocan» la mirada, provocando un patrón de interacción temprano que es el «llamar la atención» como forma de contacto y comunicación personal” (376) [10]. Pero esto, es resultado de la implantación del significado provocador en su cuerpo, que introduce la sensación permanente de ser observadas. “Su cuerpo a través de la mirada que la desnuda se halla expuesto, contemplado: es un objeto de la mirada, se halla habitado en la mirada” (376) [10]. Es así que no habrá garantía de intimidad, será un cuerpo mirado-desnudado, se vuelve prevalente ocultarlo, vestirlo, y no provocar, incluso habrá que desviar la mirada, porque al encontrar la mirada que mira, se podría pensar que hay un consentimiento, y eso sería un acto de provocación, una invitación, aun cuando para la niña no haya habido ese deseo.

La niña se encontrará situada en la posición de ser causa del deseo del hombre, y ante el hecho consumado de la sexualización de su mirada y de su cuerpo entero... la seducida se convierte en seductora. Por tanto la niña debe renegar del significado sexual para poder mirar o si no, no mirar, es decir, reprimir, pero de cualquier modo no se libera de seducir (377) [10].

Así, la niña se siente perseguida por el descubrimiento adulto de su sexualidad, eso la asusta, porque no controla la reacción del adulto, pero también la asusta su propia reacción que tampoco controla, le surge sin haberla convocado. Tiene una identidad provocadora y seductora sólo por poseer un cuerpo que despierta el voyeurismo del hombre.

Continuando con el displacer que le puede generar la mirada masculina a la mujer, Piera Aulagnier en 1966 [18], nos expresa por qué la mujer, en general, podrá aceptar ser

objeto de amor, pero no objeto de deseo.

El discurso de la mujer sobre el deseo del hombre... ese deseo, ella sólo puede aceptarlo en la medida que está revestido del hábito del amor... No es ser deseada lo que le hiere: que a su paso los hombres la sigan con la mirada... he aquí lo que la halaga; que los hombres lleguen a decirle lo que su imagen les evoca, he aquí lo que ella no puede escuchar (aunque no deje de saberlo, ni deducirlo). Lo que ella no puede soportar, lo que experimenta como una degradación, es que el hombre le revele que sabe que ella es no solo deseable, sino ante todo deseante de su deseo, y que por ello mismo puede faltarle deseo (79) [18].

Aulagnier nos revela, que no se trata de un pudor sino de una angustia fundamental ligada a la mirada, misma que desviste desnudando lo invisible, por eso la mirada sólo es soportable en el abrazo amoroso, lo que la mujer quiere es el deseo del hombre revestido de amor, ello le garantiza que sólo la desee a ella, no a otra, sólo así aceptará la mirada que la desviste. No es que ser deseada le perturbe, sino que se den cuenta de que es deseante de su deseo, en tanto puede faltarle el deseo. Para Piera lo propio de la feminidad, es el no poder ser reconocida, sino por otro, el hombre. Es así que la autora escribe:

Frente al espejo, una mujer podrá sentirse hermosa o fea, joven o vieja, pero ningún canon estético, ningún punto de referencia visible podrá asegurarla con respecto a lo que es...La feminidad es aquello que la confesión del hombre confiere. Solo el hombre puede decir si ella posee o no lo que él desea en ella (85) [18].

Otro aspecto importante que resaltar, es el displacer que muestran algunas mujeres por el hecho de ser mujeres. Dio Bleichmar [10] comenta en este punto, sobre la culpa de ser mujer en relación a la vergüenza femenina alrededor de la sexualidad.

Resulta relevante y digno de subrayar que una vivencia que debiera ser intrínsecamente exaltante, como es la sexualidad, se convierte en vergonzante para muchas mujeres y conduce a una depresión narcisística. Las mujeres que son

acosadas sexualmente, o que reciben una obscenidad como elogio... reaccionan con sentimientos dolorosos y depresivos de la autoestima. O por el contrario recurren a la negación, a la identificación con el hombre, o a desidentificarse de su igual del género, contribuyendo de ese modo y nuevamente de manera involuntaria, a reforzar la división universal femenino en prostitutas y mujeres (384-385) [10].

Para Dio [10] es muy frecuente y observable en la niña/mujer, hacer una escisión y aislamiento del significado sexual, el cual se manifiesta en “Hacerse la tonta” cuando son objeto de acoso y no desean responder; lo que implica una división del género femenino por su relación con las prácticas sexuales, o sea, las mujeres “honestas” que no quieren saber y las de “la otra clase”. Se trata de una represión de la sexualidad, del silencio de sus manifestaciones, de un no saber de la conciencia sobre la sensorialidad del cuerpo, en otras palabras, la niña o la mujer se excitan pero no se enteran.

Para dar cuenta de los comportamientos de seducción debemos recurrir a la escisión del yo como el procedimiento que permite entender que la conciencia no se entere del movimiento de la pulsión en el cuerpo, pero si se articule para un movimiento de seducción... como consecuencia de este procesamiento, cuando se interpela a una mujer por medio de la demanda genital, ella sorprendida puede responder: “¿Usted que se piensa? Yo no quiero eso” (387) [10].

También podemos encontrar angustia y por tanto displacer, provenientes del superyó de las mujeres; Levinton [12] establece la hipótesis de la génesis de un superyó femenino que empieza a constituirse desde el periodo preedípico, que tendrá trascendental implicación en la subjetividad de la niña como núcleo central, ya que se va organizando conjuntamente con la identidad del género femenino. Los contenidos que propone la autora para el superyó de la mujer, son de índole moral y del narcisismo del Yo. Los primeros serán normas o mandatos que reglamentarán los deseos sexuales, el control de la agresividad, y las condiciones sobre las que se establecen las relaciones; su incumplimiento producirá culpa. En cuanto a los segundos, exigen comportamientos que contribuyen al reconocimiento de la valía personal, de la apreciación por parte de los



otros y ante sí mismo, por lo que su incumplimiento genera sentimientos de inferioridad y de desvalorización. En relación a los ideales, su cumplimiento producirá satisfacción narcisista, pues se libera la tensión displacentera, el cumplimiento de las normas producirá alivio de la persecución; vale decir, habrá la amenaza frecuente de un castigo fantaseado. En el mandato del superyó, estará presente el temor por la amenaza de una sanción, la necesidad de pagar con culpa la trasgresión de la norma, o una desaprobarción narcisista por la pérdida de amor por parte del superyó. Su incumpliendo moviliza diferentes tipos de angustias.

Para Levinton [12] las normas concretas de la vida cotidiana quedan localizadas privilegiadamente en la esfera doméstica, planteadas en un mundo de relaciones interpersonales significativas de apego, donde se sobrevalora la vida emocional, desligándose del ámbito público. Levinton aclara:

Los contenidos que generan la enorme carga de inquietud y malestar en la niña y a *posteriori* en la mujer, no están asociados necesariamente y privilegiadamente al complejo de Edipo, al que se le atribuye la genealogía y causalidad de la problemática más decisiva. Sino que los propios —y tácitos— atributos de la feminidad, en cuanto a la configuración de una identidad de mujer, afectan a una estructura plagada de contradicciones (145) [12].

Mc Dougall [14] describe otra complicación que la niña atraviesa en su desarrollo, lo difícil que le resulta la superación del vínculo homoerótico y profundo con la madre, considera que no sólo como dice Freud, se reemplaza el desear sexualmente a la madre por el deseo de tener un pene y luego un hijo, pues aunque si se encuentran con frecuencia estos fantasmas en la niña, no son los únicos ingredientes para que devenga la feminidad, los vínculos homosexuales no son sólo evacuados por la envidia del pene. Para la autora emergerán síntomas e inhibiciones en la mujer ante tales investiduras homosexuales: como es el caso de las eternas escenas conyugales; los problemas sexuales; los conflictos con los hijos, los colegas o los amigos; los bloqueos intelectuales o artísticos. Tras dichos síntomas e inhibiciones se puede revelar en la intimidad del diván una contracara homosexual.

Otro malestar que se presenta con alta frecuencia en la vida de las mujeres, por el he-

cho de ser mujeres, es la violencia hacia el género femenino, que trae consigo una serie de consecuencias psíquicas y personales a la niña-mujer. Sabemos que el mito personal inconsciente de todo niño en relación a la escena primaria, gira alrededor de una escena en la que se le violenta a la madre, a la mujer. Jean Laplanche, y Jean-Bertrand Pontalis, definen a la escena originaria como “Escena de relación sexual entre los padres, observada o supuesta basándose en ciertos indicios y fantaseada por el niño. Éste la interpreta generalmente como un acto de violencia por parte del padre” (123) [19].

En este sentido Dio Bleichmar [10] reflexiona sobre la posición de la niña, cuando situada en su papel de mujer, si quiere ser amada por el padre, la condición es padecer el coito violento como ocurre en el fantasma originario. Al ser esto así, el fantasma masoquista es la forma habitual en que se sexualiza la feminidad; no obstante, Dio insiste en que tal situación, es una pulsión implantada por los adultos portadores de mensajes sexuales violentos.

Dio [10] plantea la hipótesis de que la niña para dominar la angustia persecutoria que le provoca la victimización, recurre al romanticismo, al encubrimiento de la violencia y a la idealización del amor. De este modo, la niña tendrá que metabolizar el temor a la sexualidad; ante un pene persecutorio y una violencia en el coito que la niña fantasea o percibe en la relación del hombre y la mujer.

Asimismo Dio [10] deduce que derivado de la incidencia de la violencia a la mujer, el guión de la victimización de la madre en el fantasma de la escena originario, se mantiene latente en la fantasía de la adolescente, así cuando las chicas llegan a ser capaces de procrear suelen rechazar esta capacidad, surge una conducta de negación y fantasías de masculinización como defensa ante la amenaza de tener que asumir una maternidad no deseada en ese momento, que sería una amenaza potencial de daño corporal y una amenaza de degradación de su autoestima, además del riesgo de caer en una identidad devaluada, ya que si bien en la actualidad la liberación de las costumbres ha conducido a una actividad sexual pareja en la adolescencia temprana para chicas y chicos, este comportamiento cursa con efectos psicológicos muy dispares en unas y otros.

Para Dio [10], la violencia existente del hombre hacia la mujer, no sólo es un fantasma

de una teoría infantil, sino una realidad repetida propia de la feminidad; el incesto, el abuso, la explotación, el comercio, el maltrato, tienen como escenario privilegiado un cuerpo de mujer. Tal victimización de la mujer duplica o colorea el fantasma sexual de la niña. Así pues, el impacto del descubrimiento de la fisiología sexual femenina que enfrenta a toda mujer, se puede articular con la violencia, en otras palabras, habrá una articulación entre violencia y sexualidad femenina, de ahí que para no ser objeto de violencia sexual, muchas mujeres suelen rechazar la sexualidad.

Mc Dougall [14] en la misma idea, formula que las relaciones sexuales y amorosas corren el peligro de convertirse en amenazas de castración, de aniquilación, de muerte para la mujer, cuando la escena primitiva aparece bajo la forma de fantasmas de devoción. Esto ocurre si la niña desde su primera infancia tiene un escenario de violencia en la relación de sus padres; en cambio, si tiene progenitores que se aman, desean y respetan recíprocamente, la niña tratará de identificarse con la madre y soñará con un hombre a menudo a imagen del padre. De esta forma, la versión internalizada de la escena primitiva se transforma y se convierte en una adquisición psíquica que le permita a la niña el derecho a poseer su cuerpo y su sexualidad.

Finalmente abordaremos el malestar y displacer de la mujer que propone Mariam Alizade, en 2009 [20], indica que las mujeres están habitadas por la categoría de lo no visible, pues, aunque las niñas sepan que albergarán hijos en sus úteros, y nombren sus vulvas “la sombra de la ausencia” estará presente. Pene—no pene, será la primera diferencia y luego más tarde con el inicio de los ciclos menstruales, se instala la segunda diferencia que divide a los géneros: sangre—no sangre. El cuerpo de las mujeres transita en pérdida, en falta. Las mujeres pierden, no tienen, deben separarse de sus fluidos; y lo fluidifical remite a lo evanescente, lo derramable, lo incontinente. La sangre en la mujer actúa como marca de una incompletud sustancial, de un vaciamiento inevitable, de una insustancialidad líquida. Aunque la sangre genital femenina afirma la fertilidad futura de las mujeres, en algún lugar se contamina esta sangre de vida con la otra sangre, la de la herida, la de la muerte, de la vulnerabilidad, de la violencia, de la castración repetida cada mes. Por tanto, el símbolo maestro de la feminidad es lo fluido, con múltiples representaciones escurridizas y evanescentes, es un símbolo asimbólico. Ante esto, la autora induce, que cuando se logren superar las angustias que se derivan

de simbolizar en lo femenino, se podrá acceder a un narcisismo terciario; que es producto de la elaboración madurativa que da acceso al principio de relatividad y el desarrollo de un vínculo solidario y empático con el objeto lejano, debido a que se delega parte del narcisismo más allá del sí mismo; habrá entonces consecuencias psíquicas de mayor sabiduría, aceptación y alegría en la instantaneidad y transitoriedad del simbolizar en femenino; empero si no se superan la angustia de simbolización, pueden surgir reacciones maniacas defensivas, patologías de poder, represión e indiferencia.

## **CONCLUSIONES**

En este escrito, se dio cuenta de los aspectos del ámbito psíquico y del ámbito cultural que intervienen en la aparición de conflictos femeninos. El displacer de la feminidad que subyace del ámbito psíquico, deviene de las dificultades que acontecen en el desarrollo libidinal de la niña; encontramos por una parte la fantasía de la escena primaria, que gira alrededor de una escena en la que se le violenta a la madre, es decir a la mujer. Lo que implica que en el inconsciente, el fantasma de la violencia, es la forma habitual en la que se sexualiza a la feminidad en los primeros años de vida. Por otra parte, hallamos las vicisitudes que la niña debe atravesar en el complejo de castración; que conlleva entre otras cosas, el sufrimiento de una herida narcisista y hace que sobrevenga la envidia del pene.

Como podemos advertir, el papel de estos contenidos inconscientes en el psiquismo, suele ser determinante en la formación de una subjetividad femenina displacentera. Lamentablemente algunas condiciones son necesarias, contribuyen a preparar al ser femenino para su posterior papel sexual. Además la percepción de la diferencia de los sexos será estructurante, es requisito en la constitución de la subjetividad.

Igualmente en el ámbito cultural, la mujer debe afrontar las desigualdades entre los géneros, en donde los hombres tienden a ocupar una posición privilegiada. Y aunque los hombres también pueden manifestar angustia y sufrimiento para acceder a los valores de la masculinidad que les impone la sociedad, sin querer minimizar la problemática masculina, sin duda la mujer debe sortear una feminidad devaluada y mitificada, que resulta ser más molesta que la masculinidad para los varones; pues crea condiciones sociales para una mayor violencia hacia el género femenino.

Describimos ansiedades, síntomas y dificultades que generan malestar y displacer en la feminidad, más allá de la envidia del pene, por lo que esta envidia no es lo único que gobierna la problemática femenina. Encontramos, por ejemplo, que las niñas tienen diferentes tipos de ansiedades propias de sus genitales femeninos. Deben soslayar la sexualización de su cuerpo que por lo común se constituye junto a una represión o escisión de la sexualidad. También lidiar con un superyó que moviliza diferentes angustias por el incumplimiento de mandatos de género en torno al ideal femenino. Sobrellevar las dificultades para simbolizar su sexo. Y no olvidemos la angustia que acontece en el marco de la pérdida del amor del otro. La niña idealiza el amor para rehuir de las diferentes formas de violencia que emergen de una feminidad preformada.

Esperamos que este artículo, pueda generar pautas y sensibilizar a otros, para que cada vez más, la sociedad supere los esquemas tradicionales de género que hacen difícil ser mujer en nuestra cultura, que las relaciones genéricas sean menos polarizadas y menos desfavorables para la mujer. En dado caso, en algún momento los esquemas terminan por caducar, y sí, sin querer ser demasiado optimistas, llegará el tiempo en que se posibiliten las condiciones necesarias para que la subjetividad femenina no genere malestar o displacer, y con ello las mujeres se sienta bien siendo mujeres.

De ahí que la relevancia de este tipo de trabajos, es que suman y aportan, en un contexto en el que la figura femenina, cada vez se está revalorando y logrando empoderarse, en una sociedad donde todavía el heteropatriarcado se impone.

## **BIBLIOGRAFÍA**

[1] LEÓN, M. (2021). Malestar y displacer en la feminidad. Un estudio de caso. Tesis de Doctorado. México D.F. Colegio Internacional de Educación Superior.

[2] SAAL, F. (1981). Algunas consecuencias políticas de la diferencia psíquica de los sexos. En: A medio siglo de El malestar en la cultura de Sigmund Freud. México: Siglo XXI, 2015.

[3] FREUD, S. (1932). 33a conferencia. La feminidad. O.C. Tomo XXII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.

[4] FREUD, S. (1923). La organización genital infantil. Una interpolación en la teoría de la sexualidad. O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.

- [5] FREUD, S. (1908). Sobre las teorías sexuales infantiles. O.C. Tomo IX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [6] FREUD, S. (1925). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos. O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [7] FREUD, S. (1931). Sobre la sexualidad femenina. O.C. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [8] FREUD, S. (1924). Sepultamiento del Complejo de Edipo. O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [9] DOLTO, F. (1996). Sexualidad femenina. La libido genital y su destino femenino. México: Paidós. 2001.
- [10] DIO BLEICHMAR, E. (1997). La sexualidad femenina de la niña a la mujer. Barcelona: Paidós 2011.
- [11] BRISEÑO, A. (2009). La mitificación de la envidia del pene. En: Género y psicoanálisis. Contribuciones contemporáneas. México: Asociación Psicoanalítica Mexicana de Guadalajara.
- [12] LEVINTON, N. (2000). El superyó Femenino, La moral en la mujeres. Madrid: Biblioteca nueva.
- [13] BENJAMÍN, J. (1996). Los lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación. Buenos Aires: Paidós.
- [14] MC DOUGALL, J. (1998). “Las mil y una caras de eros” La sexualidad humana en búsqueda de soluciones. Buenos Aires: Paidós.
- [15] GUZMÁN, E. REYES, P. (2009). Histeria o posición Femenina: los destinos de la mujer. En: Género y psicoanálisis. Contribuciones contemporáneas. México: Asociación Psicoanalítica Mexicana de Guadalajara.
- [16] TUBERT, S. (2018, abril). Psicoanálisis, feminismo y posmodernismo. Errancia Litorales. Disponible en: [https://www.iztacala.unam.mx/errancia/v17/PDFS\\_1/LITORALES%201%20PSICOANALISIS%20FEMINISMO.pdf](https://www.iztacala.unam.mx/errancia/v17/PDFS_1/LITORALES%201%20PSICOANALISIS%20FEMINISMO.pdf)
- VILLALOBOS, L. (2011). Depresión y narcicismo femenino. En: Desafíos en la clínica psicoanalítica actual. México: Circulo Psicoanalítico Mexicano, 2011.
- [17] GREEN, A. (1986). De locuras privadas. Buenos Aires: Amorrortu, 1990.
- [18] AULAGNIER, P. (1966). Observaciones sobre la feminidad y sus avatares. En: El

deseo y la perversión. Buenos Aires: Sudamericana, 1984.

[19] LAPLANCHE, J. Y PONTALIS, J. (1967). Diccionario de psicoanálisis. México: Paidós, 1996

[20] ALIZADE, M. (2009). El universo fluidifical del femenino y su simbolización. En: Género y psicoanálisis. Contribuciones contemporáneas. México: Asociación Psicoanalítica Mexicana de Guadalajara.